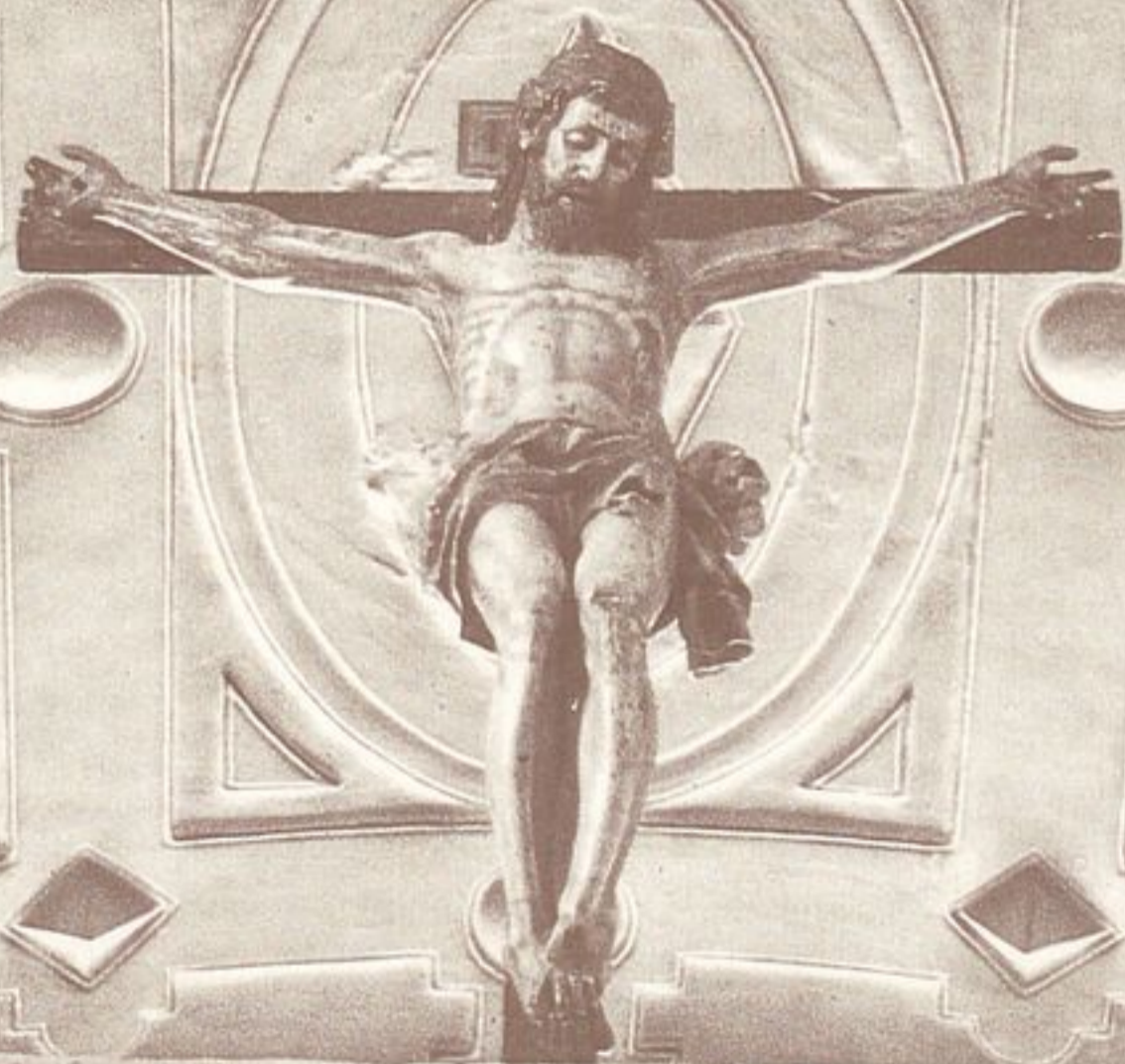


PREGON SEMANA SANTA

VALLADOLID 1.991

Por **ANTONIO CORRAL CASTANEDO**



C. 82
3567



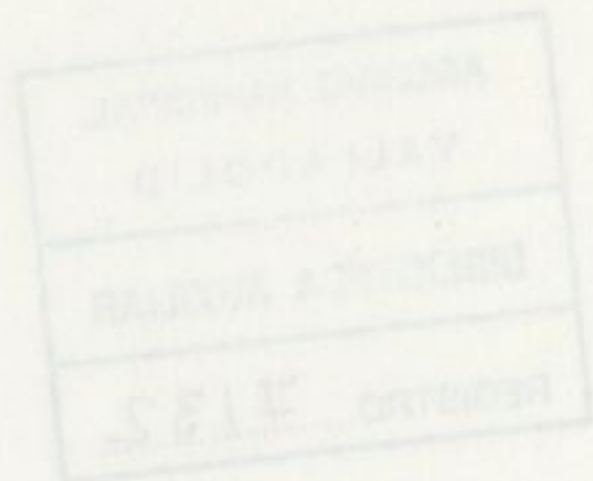
ARCHIVO MUNICIPAL
VALLADOLID
BIBLIOTECA AUXILIAR
REGISTRO... 7132

SEMANA SANTA EN VALLADOLID
PREGON 1991
Antonio Corral Castanedo

ARCHIVO MUNICIPAL



1164462
C. 82 - 3567



SEMANA SANTA EN VALLADOLID

PREGÓN 1991

Antonio Corral Castanedo

Pregón de Semana Santa en Valladolid

S.I. Catedral - 15 Marzo 1991

Ilmo. Sr. D. Antonio Corral Castanedo

EXCELENTISIMO Y REVERENDISIMO SEÑOR ARZOBISPO,
EXCELENTISIMAS E ILUSTRISIMAS AUTORIDADES,
MIEMBROS DE LA JUNTA DE SEMANA SANTA
Y DE LAS COFRADIAS Y HERMANDADES VALLISOLETANAS,
SEÑORAS Y SEÑORES:

Me cabe el honor de constituirme, en nombre de la corporación municipal, en sencillo y respetuoso colaborador de este hecho, siempre un acontecimiento, con el que se abre la puerta sentimental de nuestra Semana Santa: el Pregón.

He de confesar que me impresiona hablar en público aquí, en este templo, nuestra catedral, cuyas columnas y dimensiones arquitectónicas interiores, producen algo así como un estremecimiento, un escalofrío. Piedra sobre piedra, puestas en pie durante siglos, hemos de convenir, como antes decía, que a uno le impresionan un poco.

Esto ocurre, sin embargo, desde dentro, desde aquí, creo yo. Desde este espacio monumental en el que nos encontramos y que apenas se adivina desde su exterior, obra incompleta a partir de aquel día en que nuestro paisano Felipe II decidió irse y llevarse la Corte, y tras de ambos, cortesanos y otros proyectos de arte mayor para la época.

Allá ellos. Es nuestra Catedral y la queremos. Como queremos a la Antigua, a la torre de San Martín, a la Chancillería, a la Esguerva, a las Moreras y al Campo Grande. Porque son nuestras propias raíces, la definición genética de nuestro modo de ser ahora mismo y, aún mucho más, de nuestros propios sentimientos. No me gusta mi calle, pero es la mía y la quiero.

De nuestra Semana Santa, al revés, apenas si cabe decir nada. Valga la paradoja, tendríamos que hablar en silencio. En ese silencio profundo en el que se entremezclan el asombro y el respeto.

Algo que auna voluntades, devociones y fraternidad durante doce meses al año, que acerca entre si a miles de seres humanos, y que, en la sombra, sin presumir de nada, suma trabajo y esfuerzos, constituye un monumento ciudadano para ser visto y querido a través de los tiempos, aunque no se hubiera dibujado un proyecto ni se dirigiera la obra, que además también hay que decir que en alguna medida fue dibujado y dirigido por el arzobispo Gandasegui.

Es la tradición honda y amorosa de las convicciones que funde el alma de bisabuelos, abuelos, padres e hijos y los nietos que lleguen, en el objetivo común de la Cofradía y la Semana Santa.

Pudieron irse la Corte y los cortesanos en torno a nuestro paisano Felipe II, pero de Valladolid no se ha ido jamás nada de arraigarse, que

prendiera que suelen decir los jardineros, y así nuestra Semana Santa, creo, es tan inmortal y cercana como el río Pisuerga.

Permitidme que explique que hice todas estas reflexiones, que acabo de poner en voz alta, pensando en Antonio Corral Castanedo, vallisoletano inequívoco.

Antonio, me parece y lo siento porque no le va a gustar nada lo que diga ahora, se ha convertido ya en Institución, en personaje de esta ciudad nuestra, de calles, plazas y rincones que él escudriña, con aire pausado, mirando hacia arriba y hacia abajo, como si hubiera lanzado una canica que nunca sabe donde habrá caído. Antonio anda por ahí, arañando el pasado, el presente y el futuro, desmenuzando la vida y el tiempo a través de la lente de su serenidad, como si no ocurriera nada, y luego va y lo cuenta. O mejor, lo escribe.

Antonio Corral, junto a sus otros libros, importantes de pensamiento, un buen día decidió desnudar a los pueblos de nuestra provincia y editó, acompañado por ese entrañable y gran pintor que es Juan Palencia, una obra llamada "Villa por Villa". No contó de que color estaban los prados, ni si la torre de la iglesia era mudéjar o gótica, ni si estaba o no estaba bien la tierra para la sementera. Aunque contase, al paso, todo eso.

Hizo algo más profundo y serio: desentrañar y amar el alma de las gentes con quienes hablaba en su andadura.

Alguien que hace las cosas así tiene que haber pensado y mucho que decir sobre nuestra Semana Santa.

Eloisa, admirable Eloisa García de Wattenberg, enhorabuena por todo tu modo de hacer las cosas, siempre viento a favor de Valladolid,

y hoy, hoy por haber conseguido que Antonio Corral Castanedo sea quien pronuncie el Pregón de nuestra Semana Santa.

Antonio, tienes la palabra y nuestro deseo de escucharla.

Yo os confieso que no sé muy bien si lo que voy a pronunciar es el Pregón de la Semana Santa de este año. O si lo que voy a hacer es pregonarme a mí mismo, impregnado por las auras de cuantas Semanas Santas he vivido: las que han ido discurriendo por mí, en cuyas venas yo he ido discurriendo. Y que dejándome en carne viva, me han cicratizado, sin embargo, tantos desalientos. Todas aquellas Semanas de Pasión que me murmuran sus pregones, queriendo que os los transmita. Y que se incorporan a las filas de cofrades, para configurar estos nazarenos días de cada año, consolidando una Tradición.

EXCELENTISIMAS E ILUSTRISIMAS AUTORIDADES,
MIEMBROS DE LA JUNTA DE SEMANA SANTA
Y DE LAS COFRADIAS VALLISOLETANAS,
SEÑORAS Y SEÑORES:

Yo os confieso que no sé muy bien si lo que voy a pronunciar es el Pregón de la Semana Santa de este año. O si lo que voy a hacer es pregonarme a mí mismo, impregnado por las auras de cuantas Semanas Santas he vivido: las que han ido discurriendo por mí, en cuyas venas yo he ido discurriendo. Y que dejándome en carne viva, me han cicratizado, sin embargo, tantos desalientos. Todas aquellas Semanas de Pasión que me murmuran sus pregones, queriendo que os los transmita. Y que se incorporan a las filas de cofrades, para configurar estos nazarenos días de cada año, consolidando una Tradición.

Vivir es irse convirtiendo en recuerdos. La Semana Santa de 1991 será, al concluir, un recuerdo nuevo para quienes la hayan sufrido, en quienes haya anidado su sufrimiento. Será un pasado que circulará por el futuro de cada cual, cuando aquél se convierta momentáneamente en presente. Pero, el presente de esta Semana Santa que ya se acerca, ocupará con su recuerdo un lugar muy especial y bien grabado en esos niños que, siendo por primera vez conscientes de ella, la descubran desde su corazón casi sin estrenar, para terminar de desvelarla y de valorarla en los años que después han de venir. "Porque mañana no será otro día, sino el hoy de tu infancia que no muere", le dice a su hijo, en un poema, Rafael Montesinos.

Entre las palmas del Domingo de Ramos –con su alegría amenazada– y las palomas –blancos badajos repicando en el Domingo de Resurrección sobre el cielo, bronce azul de campanas recién inauguradas– algo muy importante fluye, bajo el tumulto y el tráfago de la ciudad: una inquietud que es expectación, una expectación transformada en admiración y en congoja, una congoja recontando adivinaciones, cumpliendo profecías.

Y la vida sigue; pero, quizá, avergonzada de seguir. Por ello, si nos fijamos bien, su ritmo es diferente. Yo diría que, a partir de ahora, comienzan a procesionar las calles, llevando en andas el asombro de sus rincones y de sus plazuelas; que las torres buscan –para ocultarse tras ella, para albergarse en su fanal, una claridad morada, como lo era el color de los lienzos con los que antes se cubrían las imágenes y los altares. Y todo, en la ciudad, parece igual. Pero, todo es distinto. Y hasta esa indiferencia de la que muchos alardean, se convierte en un gesto involuntario de temblor, en una emoción que, en algunos casos,

sería difícil no confundirla o identificarla con un estado de ánimo dentro del cual alienta una piedad que necesita renacer.

Entre las palmas del Domingo de Ramos y el Domingo de Gloria, restañando palmas de regocijo y de esperanza, Valladolid huele a olivos, sobre los cuales las fachadas de las iglesias proyectan su palidez de piedras traídas desde el Gólgota.

Por las calles en procesión, unos pinos –cuyos verdes rieron resina, entre regocijos de sol, y que ahora lloran sangre, sin encontrar consuelo, en un ámbito envejecido de tinieblas– reconstruyen los acontecimientos culminantes de la Pasión. Y es como si asistiéramos, por primera vez, a cada una de las estaciones de aquel Misterio; a la sacudida de aquella muerte que los hombres dimos a un Dios hecho hombre. Una muerte que iba a librarnos de la muerte, abriéndonos una senda generosa hacia la Eternidad.

Nuestros imagineros con la fe y el pulso, delicadamente apasionado, de sus sentimientos y de sus gubias tallaron a estos Cristos con los brazos abiertos, para acogernos. Cristos en los que la agonía es más agónica y la muerte más muerte. Esculpieron estos Cristos camino del Calvario, escarnecidos, preparados para la Crucifixión, bajados de la Cruz o sepultados, cuya mirada la sentimos especialmente fija en cada uno de nosotros. Mirada en la que el dolor se hace perdón, mientras su fatiga se preocupa por ayudarnos a soportar el peso de nuestros cansancios y su comprensión abraza, sin resentimiento, nuestras incomprendiones. Cristos en los que las llagas se entreabren, para hacerse cargo de las nuestras.

Dolorosas que, necesitando misericordia, vuelven a nosotros –aún

antes de que se lo pidamos— el candor de esos sus ojos misericordiosos. Cristos yacentes que, al mostrarnos el tendido desamparo de su muerte cárdena, nos reconfortan con una paz, perfectamente viva, desde el fondo sin vida de sus ojos vidriados.

Son seres de carne y de alma estas imágenes de madera que recorren la ciudad y cuyas pisadas oímos; cuya respiración entrecortada escuchamos; cuyos movimientos, pese a su estatismo, percibimos; cuyos ropajes quietos se agitan ante el asombro y la brisa de la anochecida, ante la brisa asombrada de nuestros sentires sobrecogidos.

Es lo sobrenatural humanizándose, para hacerse comprensible; es lo humano levitando, sin desarraigarse de la tierra, hacia las cercanías de lo sobrenatural. Y así, en Simón Cirineo —que sujeta el mástil de madera con la maestría de un buen carpintero— no es tan sólo el esfuerzo, al compartir la carga de la Cruz, lo que se trasluce, o el orgullo de ayudar a la inocencia de un condenado. En Simón de Cirene, en el que lo único que gime es el vendaval de su barba poblada, sorprendemos la indignada serenidad, disimulando tristezas, que posiblemente hubiera experimentado San José, si se hubiera encontrado a su hijo camino de la muerte.

¿Y no es, acaso, la Verónica una desolada Santa Ana joven?. Si, es sin duda Santa Ana, cantando al Cristo hombre —con la amargura en sosiego, casi derrotado, de sus labios abiertos, de su cara sorprendida— una de esas nanas que tantas noches le susurrara al Cristo niño, para que se durmiera.

Los ángeles adolescentes, velando el sepulcro de Cristo, posiblemente sean los mismos que anunciaron a los pastores el nacimiento de Dios. Y, a la vez, bien despiertos junto a los soldados que duermen, son

unos pastores que han abandonado sus rebaños. Y que han llegado hasta allí, con sus mejores ropas, para pastorear el balido inventor de ternuras, que emana desde el Cuerpo de Cristo; desde ese enigmático Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.

Los Cristos, con sus cuerpos escarnecidos y agotados, con sus anatomías crispadas por la agonía, reposadas por la muerte, son hombres cercanos que parecen confusos ante cuanto sucede; hombres agobiados que temen no poder soportar sin gemir, cuanto les ocurre. Aún cuando, en ellos, la Divinidad proyecte un halo de milagro. Aunque, desde ellos, desde sus heridas y desde su costado abierto, mane una luz que no es de este mundo y que riela en sus cuajarones de dolor y de sangre golpeada.

Las Vírgenes –con la espada o con los cuchillos de sus angustias y de su soledad clavados en el pecho– casi crucificadas también, en su desconsuelo, sobre el aire que se hace madera al pie de la Cruz, acunando a su hijo en el sueño o en el insomnio de su muerte, son bellas mujeres dolientes en la madurez. Pero, en sus expresiones descubrimos una ingenuidad y un temor de niñas desconcertadas. Porque si, como alguien dijo, siempre es uno niño cuando una madre se muere, siempre también es niña una madre, cuando un hijo se le muere, cuando a un hijo se le matan.

¿Y qué decir de los sayones o de los soldados romanos? Yo quiero volver a pedir, una vez más, piedad para ellos. Estuvieron entre la multitud –una multitud con nuestros gritos y con nuestras voces– que exigía la libertad de Barrabás. Yo pienso que, sin darse cuenta, en el fondo les obsesionaba conocer lo que era la verdad. Lo mismo que a Pilato. Fla-

gelaron las espaldas de Cristo atado a la columna. Se mofaron de él. Se jugaron a los dados su túnica, mientras la muerte desplegaba la suya. Fueron, sin duda, despiadados. Acostumbrados a presenciar el final de numerosos reos, no llegaron a percibir ni a comprender aquel final con caracteres de principio.

Y, por eso, porque intervinieron muy activamente en aquella muerte, nuestros imagineros —que se quedaron vacíos de ternura y de compasión, huérfanos de amor, al tallar a los Cristos y a las Dolorosas, reservaron para ellos su desprecio, su indignación, su burla, su ironía, su saña.

A mí todos estos sayones y soldados siempre me han inspirado un respeto grande. Pues me parecía que, después de tantos años, estaban haciendo por obligación algo que no deseaban. Sayones y soldados escuchando y empezando a intuir las difíciles bienaventuranzas de las Siete Palabras. Avergonzados de seguir vivos junto al Cristo muerto. Solos, terriblemente solos, rodeando la soledad de Cristo. Soldados durmientes en torno al Sepulcro, refugiándose en el sueño, para que la Resurrección llegara; para despertar de su realidad a una realidad que deseaban resucitada.

¡Ah! la crueldad de nuestros imagineros condenando a vivir eternamente a estos hombres con sus feroces bigotes, sus barbas de Mefistófeles y con gesticulaciones grotescas de malos actores.

Sus cuerpos son, sin duda, de pino; como los de las Vírgenes o los de los Cristos. Pero dijéranse pinos sin savia, secos antes de ser cortados; sin la melancolía de la resina. Pinos decapitados o desgajados en el invierno, cuando la luz no perfilaba sus contornos y el gris desencantaba sus cortezas.

En el anochecer inevitable del Viernes Santo ¡piedad para los sayones! Un cantar comprensivo de cigarras para el pino sin alegría de sus cuerpos. Redimamos de una vez a estos pobres hombres crueles, que no sabían lo que hacían, a los que ya redimiera el Nazareno. Redimamos a estos hombres vulgares, algo engreídos, con sus caras de artesanos enfadados, con sus calvas de jubilados aburridos, con sus gestos maltratados y caricaturizados. Pobres hombres condenados a no poder enternecerse ante el dolor en resignación de la Virgen de los Cuchillos: la mujer más triste y desolada de la tierra.

¡Ah! la crueldad de nuestros escultores. Porque es de verdad cruel inmovilizar en una eterna expresión de crueldad –castigar a ser por siempre sayón, soldado o centurión romano– a quienes han de convivir con aquellos junto a los cuales tan sólo es posible el arrepentimiento y es imposible el desamor.

Yo espero que, en el anochecer de un Viernes Santo cualquiera, la Quinta Angustia de Gregorio Fernández o el Crucificado de Francisco de la Maza, liberarán de su envoltura grotesca y tragicómica a todos estos sayones de pino sin aroma, de pino carcomido. Y, entonces, abandonarán sus sogas y sus lanzas, sus flagelos y su sueño, sus instrumentarias de labradores ricos o de trovadores pobres. Porque es imposible ser por siempre sayón al lado de la Virgen de la Vera Cruz. Porque, dentro de ellos, la ira y la brutalidad son ya tan sólo cenizas.

¿Llevaba o lleva cascabeles de romería la borriquilla, montado en la cual Jesús entra triunfalmente en Valladolid? ¿O es el bullicio, la gracia infantil de esa mañana, agitados por mi nerviosismo de niño en fiestas, quienes pueblan mi memoria con el tintinear de aquellos sonidos?

Como todos teníamos que estrenar algo, la mañana estrenaba una resonancia de cristal. Y, acompañando a este paso pequeño, cantaban el "¡Gloria al Hijo de David!" los niños y las niñas de las escuelas, de las catequesis y de los colegios. Entonaban un brillo especial de zapatos recién estrenados, de ilusiones recién desenvueltas, mientras abrían una senda de alborozo para aquella borriquilla que, al temblar, parecía que trotaba; para aquel pollino asustado, que la seguía; para aquellas figuras extendiendo sus mantos, en unos ademanes casi taurinos, ante el Jesús alegre que, disimulando su desencanto, cabalgaba camino de la traición y de la muerte.

Eran niños con delantales muy limpios, que ponían un blanco de nube estival en la mañana. Los grandes lazos, en las cabezas de las niñas, fingían escorzos de gaviotas en reposo. Y las Hermanas de la Caridad, acompañando a los niños del Hospicio, agitaban sus almidonadas tocas de alas desplegadas, semejantes a cigüeñas que fueran a emprender el vuelo ... Era un vaivén de ramos, a veces adornados con flores de papel. Era una agitación de palmas esbeltas, con las cuales, los colegios de la Enseñanza y de las Dominicancas Francesas, establecían un pugilato. Para demostrar que las suyas eran las más altas. Pero ninguno de ellos resultaba vencedor. Porque la más esbelta y la más erguida seguía siendo, siempre, la torre de la Antigua: la palma que la ciudad enarbolaba.

En cada vida se repetía el mismo ciclo. Había un año en el que, ya en la calle, nuestra edad era tan menuda que no nos permitía participar en la procesión. Pero, quizá nuestro llanto, sujetando una palma rizada, conseguía que quien nos llevaba de la mano terminara por introducirnos entre las filas de algún colegio, para no defraudar nuestra

ilusión. Y, sin perdernos de vista, nos vigilaba, caminando entre el público que llenaba las aceras, a lo largo de todo el recorrido.

Ibamos creciendo. Años después tomábamos parte en la procesión por derecho propio. Llegaba un Domingo a partir del cual, ya como contempladores, nuestra mirada adolescente –sin dejar de prestar atención a las palmas y a los velos de las colegialas– se fijaba también en sus rostros y en los escorzos de sus siluetas cimbreantes. Un buen año, quizá avanzábamos entre el público, al ritmo de la procesión, siguiendo, y sin perder de vista, el caminar de una de aquellas colegialas. Y, pasado el tiempo, éramos nosotros quienes llevábamos de la mano a un niño, al que introducíamos lloroso, con la risa de su palma, entre las filas de algún colegio. Siempre fueron, sin duda, las alegrías de esos niños, que habían logrado realizar su ilusión, las más felices de cuantas acompañaban a la borriquilla. Y todas aquellas vivencias, todos aquellos afanes, son los que ensayan ahora en nosotros un hosanna apaciblemente melancólico, cuando descubrimos el cabalgar triunfal de Jesús sobre esa borriquilla que no envejece; que, con los años, nos parece más pequeña todavía. A pesar de que, enjaezada con nuestro múltiples recuerdos, nos resulte a la vez, paradójicamente, más grande.

Luego, por la tarde, se desarrollaba el sencillo y solemne ceremonial de colocar en los balcones los ramos o las palmas. Tenía algo de tragedia la sustitución de las grisáceas palmas viejas por las granadas palmas frescas. ¿Por qué se relegaba lo viejo ante lo joven? ¿Por qué no se conservaban, junto a las ilusiones limpias, las empolvadas ilusiones?. Y el ejemplo a seguir nos le daban esos balcones en los que convivían palmas diversas, agitadas por manos distintas en procesiones muy distantes.

!Cuántos balcones solos! !Qué pocos balcones, actualmente, con palmas! Y es doloroso imaginar que muchas de esas barandas lucieron alguna vez entre sus barrotes una gran espiga y que quizá los hombres se la arrebatamos, porque el tiempo la había desflecado. Es cruel arrancar de un balcón una palma vieja, cuando, al menos, no se la sustituye por una palma tierna.

Recuperemos esa costumbre casi perdida. Porque, si no, es posible que los árboles se pongan de acuerdo para emigrar. Acaso terminen por arrojarse al vacío las veletas que cantan. Quizá empalidezca, para siempre, el rojo de los tejados ... Le duelen a la ciudad la desesperación de la mayoría de sus fachadas desnudas, la resignada tristeza de tantos edificios que la suplican unos cuantos ramos, unas cuantas palmas, para los miradores, para las ventanas que no los tuvieron nunca o, lo que es peor, que en alguna ocasión los tuvieron ... Un poco de consuelo para las casas, para las buhardillas, para los ventanales enrejados, para los ladrillos y el cemento. Porque, si enterramos esa tradición ¿qué será de la ciudad?. Sería como si el Domingo de Ramos, por ella tan esperado, se perdiera; como si no se hubiera acercado nunca. ¿Se negarán a caminar sus paseos? ¿Sucumbirá el vuelo de los gorriones? ¿Se apagará el zureo de las palomas? !Ramos y palmas para las fachadas de la ciudad! Las ciudades, lo mismo que los hombre, necesitan para subsistir, para no caer en el desaliento, para vivir a la esperanza asomados, llevar eternamente entrelazados una palma o un ramo en la filigrana de ensueño de sus ojos, en la filigrana de hierro de sus balcones.

No es precisamente la luz, o únicamente la luz, lo que me ilumina desde el día de Jueves Santo, que reluce más que el sol; desde tantos

Jueves Santos por mi agavillados. Y que me han ido dejando todos ellos su particular vela encendida, hasta formar en mi ánimo a la manera de un Monumento. Muy parecido a aquellos que, a lo largo y a lo hondo de mi existencia, he visitado.

Mis Jueves Santos me deslumbran con el parpedeo de un tiempo lento y callado bordando temblores de lamparilla –con esa paz tan recatada y ese silencio en soledad tan acogedores– de los conventos de clausura hacia los que mis padres nos llevaban para rezar las Estaciones: Santa Ana, con el Yacente de Gregorio Fernández, igual que un suspiro agotado que se hubiera tendido para descansar; las Calderonas, Santa Teresa, San Quirce, las Isabeles; Santa Catalina, con el Crucifijo de Juni, muerto sobre el cuerpo muerto del escultor...

Es todo un universo de aromas y de sonidos, de claridades en diálogo con las penumbras, de penumbras novicias acariciando los místicos sentimientos de las sombras. Un universo de realidades y de presentimientos. Vistos o, en ocasiones, adivinados tan sólo: el olor a ciprés y a copas de árboles que habían hecho ya votos perpetuos y en los que rezaban maitines los pájaros; una insinuación de capas y de tocas tras las tupidas celosías del coro; una algarabía de azulejos y una austeridad de baldosas rojas bien enceradas, que luchaban para no caer en la tentación de creerse espejos; los calados, casi de mantilla, de unas piedras labradas a ritmo de encaje; como si las monjas las hubieran tejido con el entrechocar de los bolillos. Y un fulgor crepuscular de cobres muy limpios. Y ese estremecimiento que las hermanas torneras dejaban en el aire, cuando hacían girar la rueda del torno. Un frescor que venía, quizá, desde un pozo con el brocal de piedra, en el que la polea, en lugar de chirriar, rezaba. El bisbiseo, casi pagano, pero tan puro, del surtidor de una fuente. El tímido olor a confitería que se remansaba en el

obrador en donde las monjas preparaban, al filo de las grandes fiestas, dulces especiales para sus protectores. Y un frío que, para calentarse un poco, salía a pasear desde las celdas, buscando el abrigo de los claustros. Un ambiente en éxtasis, escuchando el canto gregoriano del sosiego. Y el perfume húmedo de tierra recién removida, procedente de un huerto o de un pequeño cementerio ...

Y, todo ello, engarzado por la calle de Santo Domingo de Guzmán; la de antes. Aunque, a pesar de habérselo propuesto tan inconscientemente, no hayamos conseguido perturbar totalmente su carácter. La calle de Santo Domingo de Guzmán que era, durante todo el año, como un Rosario de la Aurora en marcha. Y a donde la ciudad enviaba cada día, antes de dormirse, sus más íntimos y más recónditos y más mínimos y franciscanos silencios.

Don Marcelo, hoy Cardenal Primado y Arzobispo de Toledo –al que yo quiero evocar en el púlpito de esta Catedral, hablándonos en la misa de una, con su clara oratoria sugestiva, para fustigar, desde el Evangelio, todo cuanto se desviaba de su doctrina y, precisamente, en unos años en los que no estaba permitido fustigar nada–, Don Marcelo, digo, citaba, en uno de sus pregones, aquellas sillas alineadas desde muy temprano a lo largo del recorrido procesional; cuidadas por unos niños que leían tebeos, para reservar a sus familias un lugar seguro y preferente.

Yo quiero, también, referirme a ellas; detenerme especialmente ante ellas, ahora, cuando prácticamente han desaparecido de los itinerarios.

Llegaban desde los distintos barrios de la ciudad. Sillones de mimbre

que tiritaban de frío, porque acaso los habían separado del brasero de una mesa camilla, en el Barrio de Las Delicias. Sillas con el asiento de rejilla, presumiendo de su respaldo de peineta, gracias a las cuales, el sol –al filtrarse por su enrejado– creaba, sobre las aceras, temblores de vidriera. Venían desde La Victoria o desde La Farola. Procedían, quizá, de alguna pequeña sala humilde en la que acaso una cómoda, con sus cajones para las sábanas y las ropas reservadas, olía a espliego o a membrillo. Sobre ella había, sin duda, una gran caracola sintiéndose orgullosa de los murmullos marinos que encerraba, junto a un jarrón con flores artificiales, cerca de un Santo de Olot o de una escayola, comprada en algún charlatán de la Plaza del Campillo, representando a una muchacha antigua que paseaba a un galgo ... Sillas de anea, que se acercaban desde Los Pajarillos o desde La Rondilla y que aún conservaban el olor a ese pueblo desde donde habían sido desterradas, al emigrar sus dueños: un olor de vencejos nerviosos, de adobes recontando resoles y de aleros incubando madrugadas, para que los gallos pudieran seguir cantando, encaramados en las crestas de las bardas. Y sillitas de madera muy blanca, recién fregada con arena, en las que las mujeres se sentaban a las puertas de las casas, al atardecer de los días largos; para coser la ropa o para hilvanar una tertulia. Y algún pequeño escaño, noblemente ennegrecido por el humo de los hogares de paja...

Eran más que asientos. Llevaban con ellas la intimidad y la sinceridad de las viviendas y de sus moradores. Sacaban a la ciudad, para calentar la intemperie, la monotonía llena de incertidumbres de todos los días; las preocupaciones, los apuros, las alegrías más bien cortas o los llantos muy alargados.

¿Habrán desaparecido con ellas ese íntimo y sincero sentir, ese

aliento cálido, que contagiaban a las calles, ennobleciéndolas; arrojando a las procesiones y enamorando el aire?.

Yo quiero pensar que no. Quien dialogue con las tallas de nuestros imagineros, quien escuche sus monólogos, no tendrá más remedio que desnudar su intimidad, al sentirse deslumbrado y atraído por ellas. Y notará cómo crece, elevándole, dentro de él, el árbol de ese hombre nuevo, de ese hombre en estado gracia, que, quizá, con frecuencia se oculta o permanece enterrado entre los extraños y desconcertantes vericuetos de nuestra sociedad deshumanizada. Sociedad en la que lo espiritual tendrá que ocupar necesariamente un lugar destacado, para poblar esos vacíos tan desapacibles y tan frecuentes, que enfrían nuestras vidas y la vida que nos rodea. Es imprescindible y urgente que así sea. Para que cada día nos traiga su esperanza y su afán revitalizados, tras haber reconducido a su verdadero cauce, tantos rumbos desorientados o perdidos.

No son solamente las expresiones de nuestras esculturas, las que nos enardecen, las que nos serenán. Sino también todo cuanto llevan incorporado a sus cuerpos y a su espíritu, y que nos interroga o nos inquieta, patinando o estofando la bella inquietud de sus actitudes. Es decir: el pasado; la emoción atónita, el desconsuelo, el temblor, la devoción, la piedad, el horror arrepentido ante el sufrimiento, ante la desolación torturada que quienes comprendieron a las esculturas, quienes a ellas se abrazaron, quienes trataron de consolarlas o de encontrar en ellas la fuente del consuelo, en esos ojos y en esos cuerpos fueron tatuando -mientras transcurrían los siglos- con la oración de sus miradas, con sus meditaciones o con sus súplicas.

Bienvenidos sean el progreso y la modernización. Pero acaso nues-

tras procesiones deban encontrar esa modernidad y ese progreso –y sé que hacia ello se camina– en algo fundamental y que quizá alguien pueda considerar como un retroceso: mirar hacia atrás, acercarse hacia el pasado. Y me refiero a ello porque es algo que se perfila en la intención y en los planteamientos de muchos. Son las Cofradías buscando su razón de ser en una aproximación cristiana a la realidad, escuchando lo que nuestra sociedad reclama y necesita; afianzando durante todos los meses del año la hermandad entre los cofrades, hermanándose a la vez con los desheredados, con las necesidades físicas y espirituales de los demás.

Yo imagino, frecuentemente –como muchos– unos pasos desprovistos de carrozas e izados en la sobriedad de unas andas. Para que quienes las lleven transmitan el pulso de sus movimientos a las esculturas, estremeciendo y llenando de un realismo aún mayor, su palpar o su quietud. Tal como ocurriera cuando los imagineros las tallaron.

Yo quisiera –y sé que muchos conmigo– una iluminación de cirios, tanto en los Pasos como en los hachones. Para que sus llamas en titubeo –pensando en las cuales las imágenes fueron concebidas– extraigan de ellas, descubran en ellas, gestos cambiantes, ademanes enriquecidos e ignorados.

Y quizá fuera también conveniente una amortiguación de los acompañamientos musicales y la casi total desaparición de las cornetas y de los tambores. Porque, entonces, podríamos escucharnos a nosotros mismos y, a la vez, nos sentiríamos escuchados por el misterio del silencio.

Aunque no nací en ella, me llevaron muy pronto a la Bajada de la Libertad. Toda mi vida resuena en esta casa, muy cercana a la Iglesia

Penitencial de las Angustias. Y es ahí donde localizo mis primeras sensaciones, mis primeros recuerdos. He sido, por ello, desde muy pequeño, espectador privilegiado de nuestra Semana Santa. Porque, en torno a la Iglesia, se formaban y concluían casi todas las procesiones. En esta zona de la ciudad, integrante de su casco antiguo, en la que conviven las torres más significativas. Tan próxima a los conventos de clausura y rodeada de los más bellos barrios. Bellos aún, ya que resistiendo tantas embestidas y tantos desaciertos arquitectónicos continúan conservando su clima, su ambiente, su atmósfera, su estilo, allá en sus entrañas. Por donde, pese a su encauzamiento y rebelándose contra él, la Esgueva envía sus aguas hacia sus antiguos ramales, para que éstos no se sequen del todo, para que nuestras raíces tampoco se sequen. Y es ese carácter maltratado y oculto, el que, saliendo a nuestro encuentro, nos reconforta a quienes tuvimos la suerte de respirarlo y a su amparo fuimos creciendo.

Desde los balcones de mi casa se veía, entonces, la Cuesta de la Maruquesa. Y el sol del atardecer, que tras ella se escondía, iba peregrinando, con el avanzar de los meses, hasta que un buen día conseguía golpear con sus rayos, las campanas en la espadaña de la iglesia de San Miguel.

Cuando ya en la Plaza Mayor el Sermón de las Siete Palabras había comenzado, escuchábamos el tableteo de herraduras de los blancos caballos pregoneros y engualdrapados. Y yo pensaba que era Longinos el que, montado sobre alguno de ellos, -con su lanza en ristre como para participar en un torneo- llegaba, puntual, desde Medina de Rioseco, para cumplir su cometido.

El Viernes Santo, en la tarde todavía con luz, empezaban a acercarse las cofradías con sus Pasos. Y allí esperaban, bien ordenados, enfrente de nuestra fachada. El primero en ocupar su lugar era el Cristo del Perdón de Díaz de Tudanca, rodeado por unos hombres que todavía no vestían hábito. Llevaban la imagen en andas, dejándola apoyada sobre unas horquillas, casi horcas de faenar en el campo. Aquello era la señal para que fueran apareciendo –realmente tenía mucho de aparición– todos los Pasos. Y allí permanecían, como en capilla, rodeados de sus cofrades.

Desde los miradores de mi casa –que intentaban parecerse al sepulcro del Paso de los "Durmientes"– nosotros examinábamos todo con unos prismáticos. Prismáticos que aún conservaban, sin duda, reflejados como un eco, en los espejos sin azogue y, por ello, más profundos de sus cristales: una interpretación de María Guerrero, la batuta del maestro Arbós, alguna escena del Tenorio, arias de ópera, un baile organizado por la Asociación de la Prensa con tómbola y todo, coros y duos de Zarzuela, o rostros, –muchos de ellos quizá ya desaparecidos– escuchados y examinados por nuestros padres o nuestros abuelos desde un proscenio del Teatro Calderón.

Gracias a ellos acercábamos, hasta tenerlas casi al alcance de nuestras manos y de nuestra curiosidad, aquellas tallas que nos descubrían sus secretos, sus cuitas, sus desgarros. Tallas que parecían esperar, entre bastidores, el momento en el que un piquete de la Guardia Civil a caballo en uniforme de gala –con su atractivo de soldados de plomo– abriera marcha para que comenzara el drama de la procesión, el procesionar del Drama.

Jugábamos a descubrir el parecido que los sayones y las restantes imágenes –que a la vez que nos atraían nos producían algo de miedo–

tenían con personas a las que conocíamos. Porque los imagineros habían caricaturizado o reflejado en ellas a contemporáneos suyos. Pero, sin haberlo pretendido, plasmaron también a contemporáneos nuestros.

A veces, no nos poníamos de acuerdo: Pero, generalmente, sí. Y en la fisonomía de un sayón identificábamos al señor Pio, el zapatero que tenía su garita en la subida de la Antigua. Porque su gesto era el mismo que éste ponía cuando golpeaba las suelas con el martillo, guardando los clavos en la boca. O al dependiente aquel, con guardapolvo gris, de la tienda de ultramarinos, que te miraba retador para preguntarte lo que querías, cuando enarbolabas unas monedas en el puño, intentando comprar caramelos de anís.

La Dolorosa de la Vera Cruz se parecía, sin duda, había que reconocerlo, a una mujer que venía todos los días al comedor de Auxilio Social. Pero siempre, en torno a ella, se planteaban dudas. "Sí –admitía alguno– puede que sí. Pero la de Auxilio Social tiene la cara antipática y además, como no lleva nada en la cabeza, está así como despeluja-da ..."

Los cuerpos desnudos de los Cristos parecían tiritar con el frío de la noche. Y sus llagas tumefactas eran tan impresionantes, que uno de mis hermanos decía que no quería mirarlas, porque le daban dentera. Sobre la espalda flagelada del Cristo del Perdón, yo he comprobado, más de una vez, cómo se posaban las moscas en las heridas, creyéndolas verdaderas. "¿Por qué no les quitan las coronas de espinas y les desclavan –aventuró en cierta ocasión, ingenuamente, otro de mis hermanos–. Por lo menos, hasta que empiece la procesión"... Y es que las imágenes eran algo muy nuestro, amigos a los que nos hubiera gustado

ayudar y a los que esperábamos impacientes cada Viernes Santo.

Pasado el tiempo, mi edad me permitió asistir ya a las procesiones con mi cofradía, acompañando a la Virgen de las Angustias. Quiero ser sincero. Me divertía ir en la Procesión, cubrirme con el capirote, ver sin ser visto. Pero, al ponerse la Procesión en marcha, sensaciones múltiples se iban apoderando de mí. Y era el orgullo de caminar, iluminando con mi vela a la Virgen de Juni. Y era una especie de escalofrío en el espíritu –como el que anuncia la fiebre– al darme cuenta de que quel hábito con el que me cubría, antes lo habían llevado, en varias generaciones, muchos miembros de mi familia. Y era como si conmigo, muy dentro de mí, se encontraran todos ellos –algunos ya muertos– acompañándome y hablándome. Era una compleja emoción, a la vez de bienestar y de desasosiego, la que te embarga. Mirabas de reojo a la Virgen. Y tu emoción se enternecía con la emoción y la seguridad que te llegaban, para iluminarte y serenarte, desde el brillo parpadeante de su rostro agotado. Era, en ese momento, la devoción la que de ti se adueñaba. Devoción muy firme, difícil de definir. Porque en ella sentías, haciéndola tuya, la devoción que sus Angustias habían despertado siempre en toda tu familia. Y sujetabas fuertemente el hachón, cuya cera, no sé por qué, oía a infancia. Te agarrabas a él para que, en medio de esa placidez que de ti se había apoderado, no se te enturbiaran con el llanto los ojos. Pero te veías espiritualizado, como un cirio, en el tiempo y, a la vez, fuera del tiempo... Y llorabas por dentro.

Los cofrades, entre cuyas filas avanzabas, pienso que experimentarían algo parecido. Esos cofrades que tenían sus manías, sus particulares costumbres. Como la de repartir caramelos a los niños que, entre cás-

caras de pepitas de girasol, miraban a los pasos, sentados en los bordillos de las aceras.

Y aquellos que querían ocupar el último lugar en las filas, por alguna extraña superstición o por alguna causa más elevada que tan sólo ellos conocían. Y la pugna por conseguirlo, permaneciendo ocultos en la iglesia, hasta que la procesión se alejaba, para incorporarse, entonces, a ella. Pero, siempre surgía uno que se escondía mejor, que resistía más y que arrebatava el último lugar a quien ya creía haberlo logrado. Y la ilusión que a algunos les hacía sentirse por unas horas jefes u organizadores, agitando las tablillas o las pequeñas matracas; con mayor entusiasmo, sin duda, que los niños cuando volteaban las carracas, vendidas junto con las palmas en los tenderetes callejeros o en la Juguetería de Justo Muñoz ... Y los que hacían alguna señal convenida para que, al pasar por delante de sus casas, les reconocieran. Y aquellos cofrades que, vistiendo un hábito heredado, que les venía corto, caminaban con un cierto aire deportivo, enseñando alguna cuarta de sus pantalones ... Y los capirotos muy jóvenes, puntiagudos y optimistas, al lado de esos otros más arrugados, casi sin punta, como vencidos por el pesimismo.

Y, al tiempo que la ciudad toda participaba en la Procesión o giraba en torno a ella, las personas que marchaban en dirección contraria por las calles vacías. A mi siempre me intrigaron. Posiblemente llevarán sobre su ánimo una cruz invisible, más pesada que las portadas por aquellos penitentes, que iban dejando huellas blancas en la calzada con sus pálidos pies descalzos.

Y la Salve, cantada mientras la Virgen de las Angustias era devuelta, con su soledad, a la soledad de la iglesia. "Estrella de los mares, cuyos

reflejos en mis ojos de niño resplandecieron ..." "¿Te acuerdas, Madre, a tus pies cuántas veces recé la Salve" ... Así decían algunas de las estrofas de aquel himno que tanto le gustara a don Faustino Herranz. Y que, por ello, álguien entonó el día de su entierro. Cántico que tradicionalmente rezábamos los sábados, tras la Salve, los alumnos del Colegio de San José.

¿Cuántas veces habré yo cantado, o escuchado, o presenciado la Salve ante la Virgen de los Cuchillos, desde la hornacina de un mirador o muy cerca de la imagen? ¡Y en qué variadas circunstancias! Recuerdo muy especialmente las acompañadas por Luis García Prieto, ya mayor, pariente de mi abuelo; y que en su juventud había sido un buen cantante de ópera. Hasta que la voz le traicionó. Y era precisamente esa voz, la de su mejor época, la que recuperaba, sorprendiéndonos a todos con su calidad y su potencia, en unos Viernes Santos ya distantes; pero que, para mí, continúan teniendo sus candilejas encendidas. Hasta el extremo de que le observaban con admiración los ocupantes de los restantes balcones y miradores de la calle.

A una de las cofradías se la conocía humorísticamente, en determinados círculos, como la de los "impíos" o la de los "descreídos". Estaba integrada, fundamentalmente, por médicos y por contertulios del Casino de la Victoria. Y algunos de éstos, amigos de mi padre, subían a casa, al terminar la Procesión, arrastrando las colas de sus túnicas, para presenciar la entrada de la Virgen. Y yo comprobé muchas veces con qué entusiasmo acompañaban el canto de la Salve ... Y el consejo de mi madre, cuando teníamos que enfrentarnos con algo importante o decisivo, que siempre seguíamos: "No te olvides de entrar, antes, a rezar una Salve a la Virgen de las Angustias".

En el anochecer de una Semana Santa, cuanto más lejana más presente, moría mi padre; mientras desde la calle subía –para acompañarnos en nuestro desconcierto, en nuestra rebeldía y en nuestro dolor en derrumbamiento– el consuelo de una Salve inolvidable.

Posiblemente sea imprescindible conocer algunas zonas del paisaje castellano –habernos de algún modo integrado en ellas, haber hasta ellas descendido– para comprender el realismo, tan descarnado y enfebrecido de Divinidad, de nuestra Semana Santa.

Quizá sea conveniente preparar antes nuestros sentires y nuestra mirada –irlos acostumbrando en contacto con las costras agrietadas de los surcos, con las cicatrices aún tiernas y desconsoladas de las trochas, con los costurones de algunos arroyos casi secos, enfangados, purulentos de carrizos y de espadañas –para que no nos cojan desprevenidos las imágenes todas; aún las más secundarias de nuestra Pasión. Para que su soledad no nos derribe. Para que su dolor contenido o desbordante no nos aturda. Para que sus cuerpos atormentadores o atormentados no destruyan por completo nuestra calma; y moderen el horror, y hasta el espanto, que pueden llegar a producirnos sus iluminadores estertores sanguinolentos, la serenidad de su muerte descarnada.

Quizá sea igualmente necesario, para calar en lo más significativo de algunos paisajes castellanos, el haber convivido y consufrido con estos Cristos que, aún siendo de madera, dijéranse de barro, de campos agrietados por la sequía y por las heladas, de glebas malvas bajo el desamparo o la tormenta, de arcilla aún sin cocer. Es imprescindible inclinarnos previamente ante los Cristos Yacentes –que nos deslumbran con su encarnadura de tapial o de adobe– para captar y hacer nues-

tra la placidez que respira bajo los ásperos parajes con cardenchas. O en esos paisajes de carne atormentada y desollada –con los costillares de sus campos llecós, de sus barbechos olvidados o de sus rastrojeras ateridas– de donde se desprende, sin embargo, una claridad misteriosa que nos ilumina. Aunque sobre ellos el sol permanezca oculto, tras unos cielos metálicos, grisados, airados e inmovibles, con talante de sayones.

No son nuestros Cristos como aquel de las Claras de Palencia: Cristo de "tierra, tierra, tierra", al que cantara o gritara Miguel de Unamuno y en el que Francisco de Cossío viera como un capricho macabro para mover a los hombres a meditar en las verdades eternas. "Cristo terrible, pobre Cristo podrido y comido de gusanos", para el que pidiera "por espíritu de caridad y de fe cristiana" que alguien, por fin, le preparara un Domingo de Gloria.

Nuestros Cristos son parameras que tiritan –a veces extendidas, a veces puestas en pie, ensayando su Ascensión, incluso antes de morir, en medio de unas auras que ascienden. Y, en ellos, está a punto de brotar esa insólita primavera meditativa que conserva la gracilidad de su pujanza, el gesto sereno de sus floraciones maceradas y de sus patinados fulgores de oro y de sosiego bien troquelados ... Esa primavera a la que, no sé bien por qué, llamamos otoño.

Son Cristos ya al borde la Resurrección. A punto de reconfortarnos con su primer aliento, para librarse y librarnos de la podedumbre y de la muerte.



Que los Ejercicios Espirituales de nuestra Semana Santa sacudan y despierten en nosotros esa renacida humanidad alada de misticismo

que, acaso sin saberlo, conservamos amordazada bajo un celemín materialista. Porque la Estética y el Arte, con el lenguaje convincente de sus palabras limpias, no pueden dejarnos tan sólo en el umbral de la contemplación.

La Semana Santa Vallisoletana no viene definida únicamente, por las tallas y por los Pasos sacados en Procesión. Sino por todas aquellas imágenes que también en ella participan, desde los museos de Escultura y Catedralicio o desde tantas iglesias y conventos.

Nuestra Semana Santa es Juan de Juni, Gregorio Fernández y tantos magistrales maestros, seguidores o discípulos de ellos. Pero es muy especialmente Berruguete con su Retablo de San Benito, en donde crepitan, en una hoguera de sutilezas, santos, profetas, apóstoles, escenas y personajes bíblicos, muy directamente relacionados con la Pasión.

Orueta decía que las tallas de Berruguete adoptan posturas como de baile. Cossío, refiriéndose a él, habló de danza y de ballet. El doctor Luis de Castro, en un interesante estudio, quiso concretar qué es lo que danzan, el estilo de su danza. Sus teorías fueron respaldadas por Vicente Escudero, sobre los esquemas o los escorzos que de los ademanes de esas figuras le fueron enviados. Y encontró en ellos, actitudes y movimientos del llamado "baile hondo": zapateado, saeta, alegrías, seguiriya o seguidilla, bulerías, martinete ...

Manifestaba Vicente Escudero, al respecto, que si Enrique "el Mellizo" se inspiró para su "malagueña" en el canto gregoriano que iba a escuchar a la catedral de Cádiz, él se había inspirado para sus bailes en las esculturas de madera policromada del Museo de Valladolid.

El gran bailarín Sergio Lifar también opinaba que, en Berruguete, se encontraba el germen de un increíble ballet. Pero, Gregorio Marañón

nos cuenta lo que Lifar le confesara: "¿Dónde están los hombres capaces de reproducir esa divina pantomima?" Y es que en Berruguete es el espíritu, transverberando el cuerpo, el que vibra y el que danza.

Las imágenes de Juni, en despliegue constante –entre el oleaje de sus ropas, en alborotados retorcimientos– dijérase que tuvieran por esqueleto una hiedra que, sin detenerse, trepa; unos sarmientos en continuo desarrollo.

Las tallas de Gregorio Fernández –con su tenso realismo de emociones contenidas, con su humanidad tan cotidiana, pero tocada, allá en lo hondo, por un soplo divino, que aún cuando intenten disimularle se trasluce –transforman lo trágico y lo doliente en un fluir de serenidad. Dijérase que llevaran en su interior, erguido y doblegándose por una brisa sobrenatural, un joven chopo en llamas que, a pesar de todo, continúa verdeciendo.

Si las esculturas de Berruguete danzan, interpretando entre todas un ballet a lo divino ¿qué hacen los gestos expresivos de las manos, las posiciones de los dedos, las bocas entreabiertas, de muchas de las tallas de nuestra Semana Santa?

Yo quiero llamar la atención sobre algo que siempre ha atraído la mía. Los dedos de los Crucificados o de los sayones, de las Vírgenes y de los protagonistas de nuestra Pasión, parecen pulsar los trastes, las llaves o los pistones, sujetar los arcos, poner a punto los clavijeros, tañer o rasguear las cuerdas o los nervios, de unos invisibles y misteriosos instrumentos musicales desconocidos. ¿El teclado de qué clavecín nunca visto, de qué piano todavía por descubrir, acarician en un tono leve las manos de los Yacentes y, en un tono más grave, las de los Cristos flage-

lados? ¿Qué instrumentos de percusión atacan , como en una danza ritual, las figuras todas de ese huracán, de ese grito estrangulado, que es el Entierro de Juni?.

Fijémonos bien. Simón Cirineo no es un campesino que, al sujetar la Cruz, guía la manquera de un arado. Simón Cirineo lo que sujeta con sus manos –para poner un fondo musical al encuentro de Jesús con la Verónica– es el cuerpo espiritualizado de una guitarra destemplada, que nadie todavía ha sido capaz de construir.

Si Juan Sebastián Bach, antes de plasmar sobre el papel pautado su Pasión según San Mateo, o nuestro contemporáneo, el polaco Krzystof Penderecki su Pasión según San Lucas, hubieran podido adivinar cuales eran esos sobrenaturales instrumentos invisibles de nuestras esculturas –si hubieran podido captar las notas que pulsan y lo que, con voces variadas y nuevas, entonan desde sus bocas cerradas o entreabiertas– ¡cuánta belleza, cuánta verdad, cuántas melodías por ninguna inspiración alcanzadas, hubieran incorporado a la belleza de sus composiciones!.

Porque nuestras tallas, desde el silencio de su madera viva –formando un gran coro, una insólita orquesta– interpretan o, mejor, crean –con el virtuosismo de sus labios y de sus dedos– la alegría acosada por la tristeza, la humana Divinidad, la Divinidad humanizada, de un oratorio o de una cantata, que tan sólo podemos escuchar y comprender con el corazón del alma, con el alma del amor, asomados a la fe, o a las ansias de fe, de nuestros ojos.

ANTONIO CORRAL CASTANEDO.

EDITA : Ayuntamiento de Valladolid
y Junta de Semana Santa

COMPONE
E IMPRIME : Imprenta Municipal

FOTO PORTADA : J. Ignacio Hernández Redondo

DEPOSITO LEGAL : VA 176 91

